

El hombre que vio demasiado

Hammurabi Hernández

Red de Investigadores de Cine (REDIC), México

Apenas aparece en pantalla unos segundos, pero la imagen ha permanecido en mi memoria. La cámara está posicionada detrás del sujeto, a contrapicada, mientras en el centro resalta la silueta de un hombre solitario detenido sobre unas vigas. La postura cabizbaja de la cabeza, sus brazos semiabiertos y el cielo que se expande en la parte superior de la fotografía insinúa un terrible evento: ese hombre está a punto de cometer un suicidio. Desconozco el resultado, pero el registro me produce escalofrío, me obliga a imaginar la anticipación que sentían los testigos al observar a un hombre suspendido



en el aire. La escena refleja una violenta calma en el que sólo queda contener el aliento.

En otra fotografía, su más famosa, el cuerpo de la periodista Adela Legarreta reposa

en el cruce de la Av. Chapultepec y Monterrey, en la colonia Roma. La cabeza hacia el cielo, el rostro maquillado, la posición de los brazos, la mirada penetrante y el rímel caído dan la impresión de que la mujer se mantiene

viva, a pesar de haber sido arrollada por dos automóviles que se estrellaron en carambola. Un cadáver elegante. El deceso de la mujer es inquestionable, pero la fotografía parece recuperar

la tristeza con que una persona intentó aferrarse a la vida en sus últimos segundos. Un momento efímero que ahora quedará para siempre.

El responsable de estas alucinantes imágenes se llama Enrique Metinides, fotógrafo de nota roja, quien ejerció en la Ciudad de México como reportero gráfico para diversas agencias y medios, entre ellos, el sensacionalista periódico *La prensa*. En los 49 años que trabajó como fotógrafo registró todos los indicios de la tragedia humana: incendios, accidentes, choques automovilísticos, derrumbes, suicidios, asesinatos, y una larga lista de crímenes pasionales. Un hombre obsesivo que desempeñó el oficio con incansable actitud. La gracia de su mirada se debe quizás al apego a sus amuletos y estampas religiosas, pero no queda duda que en la composición de sus fotografías parece haber una entremezcla de iconicidad religiosa con escenarios urbanos.

Aunque las fotografías de Metinides se publicaron en medios impresos entre 1949 y 1998 (aproximadamente), fue hasta en el 2006 cuando se reconsideró el valor artístico de su trabajo y se empezó a exhibir en galerías de arte en Londres, Nueva York y finalmente en la Ciudad de México. El largometraje documental *El hombre que vio demasiado* (México, 2015), dirigido por la realizadora y curadora de origen británico Trisha Ziff, mantiene la premisa de un artista talentoso, aunque desconocido, que termina expuesto en los espacios artísticos más sofisticados, el cual recurre a varias entrevistas, tanto al propio Metinides, como a compañeros de trabajo, familiares, curadores, o testigos de las fotografías que dan testimonio de las distintas épocas y de las repercusiones de su obra.

En sus previos largometrajes se obser-

vaba el interés de Ziff por entender las implicaciones culturales de la fotografía, sobre todo en relación a la memoria histórica y al rescate de las imágenes. Codirigió en el 2008, junto con Luis López, el documental *Chevolution*, en el que se persigue la historia detrás de la famosa fotografía denominada *Guerrillero heroico*, el retrato que el cubano Alberto Korda capturó de Ernesto “Che” Guevara en 1960. En *La maleta mexicana*, exhibido en el 2011, parte del descubrimiento de tres pequeñas cajas que contenían cerca de 4,500 negativos que tomaron Robert Capa, David Seymour y Gerda Taro durante la Guerra Civil Española, para hablar sobre el paso de los exiliados españoles en el puerto de Veracruz.

Parte de la fuerza de este par de documentales, radica en señalar cómo la presencia y el trabajo de los fotógrafos son fundamentales para entender un espacio o un momento histórico. En *El hombre que vio demasiado*, Ziff recrea la infancia de Metinides en el contexto de la mi-



gración hacia la Ciudad de México en la década de los 40, proceso que estaba inevitablemente acompañado de la pobreza y el crimen, y cuya violencia aparecía reflejada en los filmes de cine negro de la época. Metinides advierte en el documental su interés por el escándalo y la nota roja al ser espectador de estas películas. Menciona que inició su actividad como fotógrafo retratando numerosos automóviles en estado de colisión, pasatiempo que a nivel individual satisfacía su temprana obsesión por coleccionar objetos, pero que a nivel social revelaba las estrepitosas consecuencias de la creciente industrialización y urbanización.

Estas anécdotas son necesarias para asimilar cómo un género tan menospreciado como

la nota roja tiene implicaciones éticas de mayor alcance. Al mostrar encabezados y fotografías sumamente vulgares, se le acusa de incitar al morbo, de lucrar con el dolor ajeno, así como de evidenciar la fragilidad de la vida humana, es decir, de corromper nuestra sensibilidad. Es un estupor que retrata a la muerte como un espectáculo público, con sus rituales, sus espectadores y su propia iconicidad. Y, sin embargo, mientras observo las fotografías de Metinides me percato de cierta culpabilidad por encontrar belleza en ellas, por sentirme seducido ante la tragedia. Y es que en ese estado el observador queda inerte, en espera, con la expectativa de qué sucederá. El espectador de estas fotografías tiene que confrontar no sólo sus propios miedos, sino los breves y paulatinos fracasos de la sociedad.

El documental acierta cuando las entrevistas y el uso de la cámara se centran en el acto de ver, en las connotaciones políticas y estéticas que supone la mirada. Es una premisa que se sostiene principalmente en la figura del mirón, arquetipo que protagoniza buena parte de las fotografías de Metinides. Los mirones no aparecen como personajes estáticos, o de decoración, sino que, con su presencia, con su disposición del cuerpo, intervienen en la reconstrucción del hecho trágico. Lo atónito de la mirada se convierte entonces en el tema central de la imagen. Es un gesto que logra atrapar al espectador, que desdobra a los testigos de los posibles riesgos de mantenerse en el lugar e invita a permanecer en la escena del accidente. Es difícil no contestar las miradas que aparecen en las fotografías de Metinides, y el documental se pregunta por qué son tan seductoras a pesar de lo desagradable que suponen.



Cuando el título de la película refiere a que Metinides fue un hombre que vio demasiado, no sólo refiere a la cantidad de hechos que atestiguó, sino a que vio lo que no se debía ver, vio lo que está más allá de lo que imaginamos podría suceder en la realidad. La pregunta por lo real, tan frecuente en el tratamiento del cine documental, está vinculada obligadamente con la violencia y con la degradación social. Ante este contexto, la película nos formula si llegaremos a un punto en que como espectadores, como individuos y como sociedad, nos sea imposible seguir mirando. Algunos aspectos psicológicos de Metinides parecen rayar en el delirio. Su obsesión por coleccionar juguetes, imágenes religiosas y recortes de periódico se sustenta en la superstición de

que sus amuletos lo defenderán de lo imprevisible de la realidad.

En entrevista a distintos curadores y artistas extranjeros, entre ellos Dan Gilroy, director de la película *Nightcrawler*, se aborda cómo la cultura estadounidense, con sus

películas y sus tabloides, hace una apología de la violencia mientras quede meramente en la ficción y se niegue su relación con el mundo real. Es una censura que, según el documental, no existe o está diluida en nuestro país. Uno de los entrevistados señala que las fotografías de Metinides, si bien son de alto impacto, no celebran la violencia ni la estimulan. Pero mucho del periodismo de nota roja en México carece de esa sensibilidad y apenas respeta a la dignidad de las víctimas. Que uno de ellos acepte sin tregua que desobedece la petición de los familiares de fotografiar a un cadáver con el fin de cumplir con su trabajo conlleva un sobresalto. Aunque Ziff hace un encomiable trabajo de exhibir en pantalla las fotografías de asesinados y ensangrentados con cierta

mesura, queda la incertidumbre de los cauces en que transita la violencia gráfica en nuestro país.

Ahora que todos con una cámara de video o de celular, somos potenciales productores de estas imágenes, y los medios de distribución y reproducción facilitan su viralización, queda abierta la discusión sobre los patrones de consumo que asumimos como sociedad. Aunado a eso, habría que aclarar que es incomparable la violencia que registró Metinides en su época con la tensión que se vive ahora. Mientras las escenas de sus fotografías corresponden a accidentes inesperados y fugaces, la violencia propiciada por el narcotráfico y el crimen organizado se explica como un complejo entramado, causado por la corrupción y la falta de Estado de derecho. La terrible vulnerabilidad con que actúan muchos periodistas en nuestro país torna imposible que exista un Metinides (uno activo y sobreviviente, al menos) en nuestros tiempos.

Con el documental, Ziff defiende el trabajo de Metinides al apelar a su lado sentimentalista, cuando éste dejaba la cámara a un lado y se encargaba de ayudar a las víctimas. De igual manera por relatar cómo inventó los códigos de comunicación de las ambulancias para enmascarar información sensible a los familiares que los acompañaban. Sin embargo, en este retrato sobre el fotógrafo, queda el misterio de cómo alcanzó la finura de su técnica. En sus palabras no se escucha alguna referencia a otros fotógrafos o artistas, ni hace uso de un lenguaje técnico para describir a sus propias fotografías. También el proceso de legitimación artística de su obra queda un poco implícito y desdibujado, y se sostiene principalmente de voces foráneas, lo que

engrosa la sensación del escaso reconocimiento que se tiene en el país hacia su figura.

Hacia el desenlace, la película se esfuerza en retratar a Enrique Metinides más como persona que como fotógrafo. A pesar de haberse salvado de la muerte en múltiples ocasiones, no creo que lo defina como un hombre valiente y estoico. En su apariencia hay un nerviosismo que resulta conmovedor: sus ojos saltones, su sonrisa mórbida, su tic de sujetarse el cuello de la corbata, la forma de acomodar las manos en sus rodillas, y su voz asustadiza hablan de alguien extremadamente atento a su entorno. Por ello, el plano final, con Metinides temblando ante la cámara, es poderoso. Sugiere un individuo que se llevará a

la tumba historias inimaginables. Es lo que nos oculta lo que me parece escabroso; más que sus imágenes, las historias que custodia con su silencio infunden mayor miedo.



Ficha técnica

El hombre que vio demasiado

Dir. Trisha Ziff

México, 2015

88 min.

Ficha de autor

Hammurabi Hernández

Hammurabi Hernández es licenciado en Ciencias de la Comunicación por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Pertenece a la Red de Investigadores de Cine. Ha publicado reseñas y entrevistas en medios tapatíos como *El Occidental*, *Público* y *Más por Más Gdl*. Fue seleccionado a participar en el Talent Press Guadalajara 2017. Escribe actualmente en el blog *El apartamento* y en el periódico *Mural*, del Grupo Reforma. Su contacto es: alhamra85@yahoo.com.mx